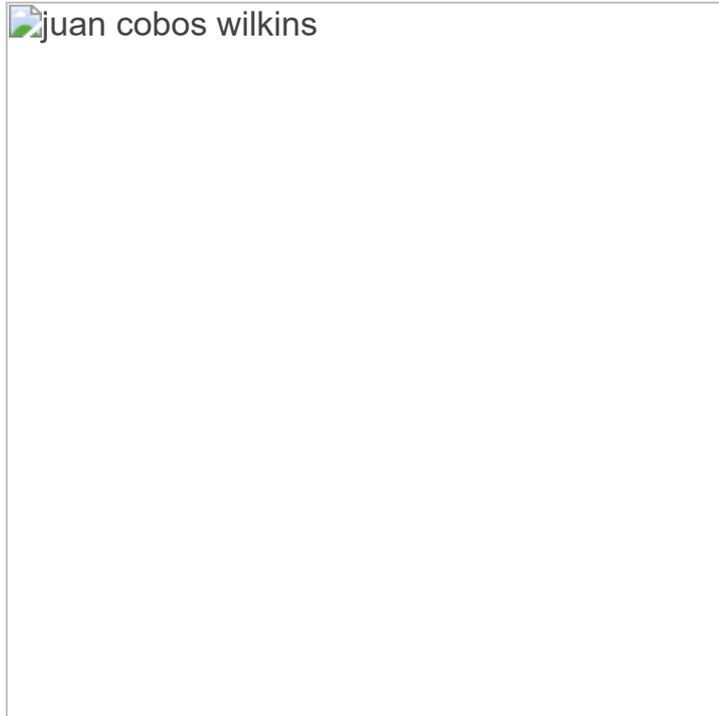


La inmortalidad imposible

Los poemas de Cobos Wilkins nos hablan de literatura y lecturas, de poesía, del daño y sus sótanos

MANUEL RICO 8 ENE 2020 - 12:52 CET



En una sociedad en la que la poesía se mueve entre minorías no parece que los poetas sean materia asesinable. Sin embargo, el poema es una expresión incómoda, un lugar en el que tantear la raíz de nuestras contradicciones. El poeta estorba, es la rareza que araña conciencias aunque su eficacia sea, parafraseando a Vázquez Montalbán, “la de un modesto tirachinas”. [Juan Cobos Wilkins](#), cada vez más atrevido al explorar las zonas donde se interrelacionan la memoria, la intimidad, la realidad visible y las ensoñaciones, nos ofrece en su último libro una colección de indagaciones —con forma de dípticos que afirman y niegan— en las dos caras de un acontecimiento, de una evocación, de un recuerdo, de un concepto. El poema, como siempre en su obra, es palabra imprevista. Imágenes contempladas en espejos deformes, metáforas que trazan la geografía de un hombre enfrentado a la madurez y al merodeo de la muerte: “Solos, y frente al inmoral espejismo de amar, somos mortales”.

Los poetas mueren y lo que fue su vida queda para la eternidad en sus textos: tal es la verdadera resistencia. Los de Cobos Wilkins nos hablan de literatura y lecturas, de poesía, del daño y sus sótanos. En el libro conviven las dos respiraciones que han caracterizado, desde sus primeras entregas, su poesía: la fundada en la vida personal, en sus experiencias

familiares, en sus más íntimos fantasmas (la niñez, la belleza del lenguaje, el amor y sus sombras, la soledad, la pérdida de los seres queridos...), especialmente visible en *Biografía impura* (2009), y la que implosiona con su poemario anterior, *El mundo se derrumba y tú escribes poemas* (2015), en el que radiografía las quiebras de lo colectivo. En *Matar poetas*, vive la huella de Vietnam (Kim Phuc, la niña en la calzada que fotografió Nick Ut) o resuenan los ecos de los “antisistema” Ginsberg o Burroughs (es la mirada del poeta “subversívoro”). Un juego de espejos en el que, también, asoma su educación sentimental y cultural. En el fondo, *Matar poetas* es la culminación de un ciclo del que forman parte los dos libros antes citados y es un canto a la imposibilidad de lograr el objetivo que lo titula. Un poeta tan singular que no se parece a nadie.